

Carlos Díaz Dufoo, hijo

[1888/1932]



Epigramas



Es humilde y laborioso. Cree que, a la larga, el discípulo es maestro. Representa, en el tiempo, la teoría baconiana del genio. En el espacio, el problema de Aquiles y la tortuga.

Lee con sabia lentitud, con exasperación dionisiaca, con alma de prosélito y con espíritu de enemigo. Lee de continuo para buscar complemento a su vida y para prolongar en ella sus lecturas.

La razón le abandona cuando necesita pensar.

Creyó que los actos heroicos no tenían consecuencias, que eran hechos aislados de la vida común —prejuicio literario corriente. Un día acometió un acto heroico, cuidadosamente preparado. Pero ese acto *sui generis* fructificó en hechos vulgares, en situaciones grotescas, en relaciones inferiores que le uncieron a una vida repugnante e inevitable.

Comenzó una vez y luego volvió a comenzar. Comenzó de nuevo, comenzó en mil ocasiones, comenzó siempre. Cuando otros llegaban él comenzaba. No llegó nunca. —Seguir no es la consecuencia de comenzar. Seguir es una obligación perspectiva humana. Se comienza dentro de sí, se sigue afuera.

La incoherencia sólo es un defecto para los espíritus que no saben saltar. Naturalmente, sólo pueden practicarla los espíritus que saben saltar.

Regalaba, generosamente, las ideas ajenas.

Murieron tristes y austeros, dejando tras de sí hijos felices y frívolos.

El movimiento se demuestra andando. Sí, para el que anda. No, para el que ve andar.

Cree que lo que hace lo hace por deber. Nunca ha analizado un deber.

Razón y sentimiento no se excluyen. Heráclito y Nietzsche llevaron al más alto grado la pasión de las ideas. En cambio hay más de un personaje, siempre contemporáneo, que hace dialéctica de sus sentimientos. Ilustraciones: los oradores, los profesores y los falsos poetas.

Camina sin descanso. Sus pies sangran. Los vientos abren surcos en sus carnes marchitas. Busca el propio país, en donde nunca estuvo.

Se le prohibió una vocación en la época en que se tienen todas. Se le exigió una vocación en la época en que no se tiene ninguna.

Cultivó el arrebató para dar razón de sí.

Leía sin propósito, con la actitud humana normal para los conceptos y para las imágenes, sin comprender completamente los primeros ni dejar de comprender enteramente las segundas. Entendía mal. Entendía a veces. Desentendía casi siempre. Era un lector común.

Sisypho era, en tiempos mayores, un personaje mayor. Su trabajo inútil lo ennobleció el castigo. Su vida era absoluta porque era personal. Era rebelde sin trascendencia social. La inutilidad tomaba en él la significación de una actitud —infinito momentáneo—, y una razón humana de ser. —En los tiempos modernos, Sisypho es un concepto que justiprecia el lector desinteresado de economía política, el de la actividad dolorosa. Sisypho no tiene ya el orgullo del réprobo. El correr de los años —razón de inercia— lavó su pecado. Por movimiento ajeno sigue trabajando inútilmente sin objeto y sin castigo. —En los tiempos futuros, trabajará sin pena.

Gastó largos años para hacerse un estilo. Cuando lo tuvo, nada tuvo que decir con él.



El Instituto Nacional de Bellas Artes (Departamento de Literatura), ha publicado los epigramas de Díaz Dufoo y otros de sus escritos, precedidos de unas notas de Julio Torri (*Tres libros*, 1964) y José Luis Martínez (*El ensayo mexicano*, 1958); los que publicamos no tienen más propósito que invitar a la lectura de una obra breve y sabia.